

paso a los automóviles, porque ya las calles no son alamedas para pasear, sino autopistas, yo siento, cada vez más penetrante, la añoranza de los árboles y de los jardines. Voy a una plazoleta para ver un instante un nogal antiquísimo, que quizá un día desaparezca; me acerco a la glorieta del Retiro para mirar un pimentero grandioso que existía en el reinado de Carlos III, y en mi recuerdo evoco aquellas avenidas bellísimas de Buenos Aires, incendiadas por los palos-borrachos y los caminos de Puerto Rico bordeados de flamboyanes, y los delgados álamos de Castilla, agitados por el viento.

La neurosis verde es una enfermedad terrible: hace que desfilen por la memoria campos de olivos y bosques nórdicos de abetos, y de pronto aparece un ombú, el único que hemos visto una vez, cuando sólo le conocíamos literariamente, por una poesía, como con el ciprés de Silos, y por la memoria desbordan ramajes y lianas que se enredan sobre troncos gigantes, y helechos arborescentes y manglares de la India.

El nostálgico de árboles y de jardines, después de la pesadilla obsesiva de los bosques inmensos, se conforma con poco: una planta en un tiesto, que es como un árbol diminuto. Si es capaz de achicarse el mismo como un Gulliver en el país de los enanos, ese pequeño árbol del tiesto puede parecerle frondosísimo como un secuoya, y le basta entrar en un invernadero, en la estufa de los viveros de la ciudad para aquietar su deseo de árboles.

Rodea su casa de árboles; si vive en un piso con terraza, llena las habitaciones de palmeras, azaleas y plantas colgantes, y todavía muy nostálgico se sienta en una butaca de la sala, con un libro en la mano para evocar un jacarandá morado que vio una vez desde los balcones de la calle de Suipacha, las acacias desaparecidas de la calle de Serrano y los árboles indestructibles de todos los países del mundo que renuevan sus hojas cada primavera, permaneciendo inalterables en su perennidad.

* * *

De ahí que la nostalgia y el amor por los jardines, así como un perfecto conocimiento de su evolución haya llevado a Francisco Páez de la Cadena a escribir el libro «Historia de los estilos en Jardinería»*, cuya lectura produce el mismo efecto deleitable que la contemplación de un jardín.

Desde el primer momento el autor reconoce que la evolución de los estilos en jardinería no está aislada del contexto histórico o cultural. Define el jardín: «como un recinto con una serie de especies, predominantemente vegetales, cuya existencia está garantizada por la presencia del agua, una asociación conceptual paradisíaca o placentera y un cerramiento o delimitación que separa y protege al jardín de su entorno natural».

Desde el primer momento se habla de la magia del jardín, de jardines encantados, del que es ejemplo literario y religioso el Jardín del Paraíso y posteriormente los Jardines Edénicos musulmanes.

* Francisco Páez de la Cadena: *Historia de los Estilos en Jardinería*. Colección Fundamentos. Ediciones ISTMO. Madrid, 1982.

Páez se remonta a la prehistoria del jardín para estudiar minuciosamente los jardines de la antigüedad: la jardinería egipcia, donde ya 1500 a. d. J. C. la Reina Hatsephutt organizaba expediciones para buscar árboles de mirra para los jardines de su panteón. Observa la geometrización del diseño. La jardinería mesopotámica destaca especialmente con Nabucodonosor y los jardines o pensiles colgantes de Babilonia realizados sobre terrazas escalonadas, conforme a la estructura del «zigurat». En Persia señala el extraordinario amor al árbol. La conservación de parques de caza, el gran jardín de Ciro (550 años a. de J. C.), la valoración del agua y la creación de los famosos conductos subterráneos llamados «ganats». Personalmente recuerdo los deliciosos jardines que tuve ocasión de ver en Teherán y en Ispahan, y la variedad de rosas junto a la tumba de los poetas.

En Grecia señala el autor los parques arbolados y los bosques sagrados con estatuas. El aspecto religioso del jardín es de sumo interés. La Botánica tiene nacimiento en tierras griegas, recuérdese que Teofrasto (372 a. d. J. C.) escribe una «Historia de las plantas» y que Dioscórides (1 a. d. J. C.) «De materia médica» con la descripción de más de 400 plantas.

La jardinería romana tiene su fundamento en el patio ajardinado que inspira las villas de tipo rural y las villas campesinas del Renacimiento. La importancia de la agricultura para los pueblos romanos también se refleja en la utilización del jardín-huerto.

Es interesante saber que para engrandecer los patios ajardinados y peristilados se ejecutaban frescos con la técnica perspectivista del «trompe l'oeil», cuya influencia llega hasta nuestros días.

La jardinería árabe presupone la idea del Edén, del paraíso coránico como un oasis, como un jardín con agua y vegetación y sombra, donde predominan los aromas y los colores. La jardinería islámica es heredera de la persa y la utilización de las plantas tiene por finalidad proporcionar el placer puro.

Páez de la Cadena menciona los jardines islámicos en Asia, el de Achabol y Vernag en Islamabad, la tumba de Babur en Kabul (Afganistán) y se detiene en los jardines hispanoárabes de Granada como el Generalife, Ynat al-Arig (el más noble de los jardines), la Alhambra, el Patio de los Arrayanes, el Patio de los Naranjos en la Mezquita de Córdoba y los jardines de Medina Zahara. En todos ellos predominan los arriates y los tiestos y macetas y el sonido del agua, que tan bellas páginas inspiró a Juan Ramón Jiménez.

Como ya se ha dicho anteriormente el contexto histórico y cultural conforma los jardines. La jardinería como lujo o comodidad adicional de la vida no puede sobrevivir en períodos de guerra. Eso es lo que sucede durante la Edad Media. En los castillos y monasterios se encierra el arte de los jardines. El jardín medieval puede definirse como: «una planta cuadrangular, un cerramiento y un sentido utilitario de las plantaciones». Por lo general era una superficie escasa. El uso continuado del cuadrángulo llegó a proporcionar una idea anquilosada del jardín medieval.

Tanto la pintura como la literatura nos proporcionan muchos ejemplos de jardín medieval. En el «Mystère d'Adan» de 1150 se cita el jardín como «amoenissimus locus». En *Erec et Enide* de Chretien de Troyes (siglo XII) el hechizo del jardín es muy

grande, así como en el «Roman de la Rose». Recordemos el delicioso jardín o huerto de Calisto y Melibea en *La Celestina*, para esparcimiento de los amantes. El valor funcional y ornamental de las plantas queda patente en el «Liber de cultura hortorum» de Walafrid Strabo (siglo VIII). La obra de Alberto Magno *De vegetalibus* con una parte dedicada a los jardines «De plantatione viridariorum» nos da idea de lo que era el jardín medieval, y completa la imagen el libro de Petrus Crescentius *Opus ruralium commodorum*.

El jardín medieval era como un pequeño paraíso, a salvo de todo mal, bien estuviera en los claustros, o tras las murallas del castillo. Estaba protegido de la inseguridad. Solía tener una fuente en el centro: «Lo normal es que el centro del jardín lo ocupe un elemento emblemático y funcional: el agua».

Añadiremos nosotros que en multitud de emblemas renacentistas se repite el motivo de la fuente en el centro de un jardín, con una intención simbólica. El jardín era el «locus amoenus». Solía haber en él un árbol de tipo simbólico, recuérdese el ciprés de Silos, y algunas plantas también tenían este simbolismo religioso: el iris representaba a la Virgen, la azucena blanca: la pureza, la rosa roja: el amor divino, las hojas trifoliadas de las fresas: la Trinidad; la viña: la estirpe de José, etc.

Los tapices de la época presentan continuamente a los personajes con un fondo de jardín. Podría escribirse todo un libro sobre el jardín en la literatura amorosa. El «Códice granatensis»* sobre *De natura rerum* (siglo XIII) de Tomás de Cantimpré ofrece numerosísimas miniaturas de jardines, bien placenteros o agrícolas, con la denominación de todas las plantas y los árboles, así como escenas de la vida diaria de los campesinos y de los cortesanos en grandes cabalgadas, y de los enamorados tiernamente enlazados, y a veces de tal modo que el «Hortus deliciae» podría convertirse en «El jardín de las delicias» de El Bosco.

El Renacimiento derribó muros y el jardín salió al exterior. Una nueva relación se estableció con el paisaje y con la Naturaleza. Bien es sabido es que Petrarca (1304-1374) al subir al Mont Ventoux (Avignon) para gozar de la vista magnífica, da un nuevo sentido a la Naturaleza. Lo mismo sucede con Bocaccio, y Leone Battista Alberti (1404-1472) en su libro *De re aedificatoria* (1450), explica que la vivienda debe tener vistas a la Naturaleza y sigue a Plinio en la ordenación de los parterres, en la realización de las topiarias y de las galerías y en la plantación de árboles que se unen entre sí por medio de guirnaldas.

La interacción entre la arquitectura y la jardinería es una de las finalidades del jardín renacentista, así como la búsqueda de los espacios abiertos. Bramante (1444-1514) resume los tres elementos básicos del trazado del jardín renacentista italiano: la unificación de los elementos arquitectónicos con los jardineros, la utilización de las perspectivas y la linealidad del ajardinamiento. El ejemplo de la villa de los Medici en Fiésole es muy significativo.

El manierismo en los jardines comienza con Giacomo de Vignola (1507-1573). Este artista jardinero crea una «maniera». Frente a la medida armónica, se ofrece el

* *De natura rerum*, por Tomás de Cantimpré; *Tacuinum Sanitatis*, de la Biblioteca Universitaria de Granada. Edición facsímil. Universidad de Granada. Granada. España, 1974.

ingenio capaz de proporcionar sorpresas y efectos inesperados al espectador. Hay una intención escenográfica, un engrandecimiento del tamaño, un concepto más grandioso. Son buenos ejemplos: Villa Castello de los Medici, los jardines de Boboli de Florencia, junto al Palacio Pitti, en terreno pendiente, Villa Madama en las afueras de Roma, Villa Lante en Bagnaia, Villa D'Este, Villa Orsini con los jardines de Bomarzo, con estatuas monstruosas y enigmáticas, Villa Borghese, Isola Bella y Villa Garzoni.

Capítulo muy interesante y personal es el dedicado como apéndice a la jardinería renacentista al libro *Hypnerotomachia Poliphilo*, que se considera como una interpretación del Paraíso renacentista, hecha por el autor Francesco Colonna (1433-1577) y que fue publicado en 1499. El protagonista Poliphilo viaja, guiado por su amada Polia y llega a la isla de Cytera. Esto da motivo para las descripciones de la arquitectura y los jardines de forma circular, del que tenemos un buen ejemplo en el «Orto Botánico» de Padua en 1545. También son estudiados los «giardini segreti», y el papel simbólico del jardín, que a veces sigue manteniendo unido al jardín renacentista con los jardines medievales.

Los descubrimientos botánicos, la historia de la jardinería en su relación con las plantas y la flora del Nuevo Mundo son capítulos del mayor interés, así como la apertura de Oriente. Cristóbal Colón señala la canela y el algodón, y el cacao. Otros detallan la riquísima flora mejicana. Andrés Laguna traduce el *Tratado de botánica* de Dioscórides, Nicolás Monardes, médico de Sevilla, escribe la *Historia medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias occidentales*. Es evidente que como en la Edad Media todavía la botánica va muy unida a la medicina. Durante el siglo XVIII los estudios botánicos llegan a su apogeo. Linneo (1707-1778) hace su clasificación. Se describen la quinina, el caucho, el curare, la araucaria, la datura sanguínea; Ruiz Pavón escribe la *Flora peruviiana et chilensis* (1792); John Bartram y Collinson introducen los robles, los arces y la magnolia grandiflora. José Celestino Mutis (1732-1808) estudia la flora colombiana. De él se conservan 6.800 dibujos en el Jardín Botánico. Son interesantísimas las exploraciones de Alexander Humboldt, el viaje de Charles Darwin, los descubrimientos genéticos de Mendel.

Nacen los jardines botánicos, cuya finalidad es la ordenación y clasificación de las plantas, y ser lugar de trabajo, cuya función científica puede restarle, a veces, belleza, según Páez de la Cadena. En esto disentimos del autor, pues si los jardines botánicos son expresiones científicas de su época, en ellos se conjuga la finalidad estética, sin detrimento de la otra. Este es el caso del Jardín Botánico de Río de Janeiro, que, además, tiene el acierto de fundirse con la Naturaleza, sin dar la sensación de cerramiento, y del «Palgarten» de Francfort, donde los invernaderos en el centro del jardín —una forma de jardín botánico— sorprenden al espectador por su gran calidad estética.

Añade a estos capítulos, el autor, una serie de tablas pormenorizando las especies vegetales cultivadas en los jardines egipcios, en los jardines romanos, en los jardines medievales y en los jardines hispanoárabes.

Después de Italia, en la historia de los estilos en jardinería, le corresponde el lugar a Francia. No cabe duda que esta evolución o historia se corresponde con ciertos estudios de las demás bellas artes que, a su vez, guardan relación con la evolución de